

# La familia, un valor social permanente en el marco de una cultura nueva

## El desafío de la globalización

**Joan Bestard Comas**

*Profesor de Sociología del Centro de Estudios Teológicos de Mallorca*

### Introducción: La familia, un valor social permanente

La institución familiar es un valor social permanente, tanto si la observamos desde la ética cristiana, como si la estudiamos desde la sociología. Ahora bien, es un valor que no debe rehuir la crítica, ni las interpelaciones, ni los retos que el mundo de hoy le plantea y debe estar siempre abierta a los nuevos planteamientos que le llegan desde las ciencias humanas: la psicología, la sociología, la antropología, la pedagogía.

La familia, basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, es la célula vital y primera de la sociedad. En ella recibimos la vida y la persona es valorada por sí misma y no por su utilidad. En el troquel de la familia se forja la personalidad de los individuos, a través de ella nos insertamos en una comunidad y en una cultura, y es, además, la primera escuela de valores y virtudes sociales que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma <sup>1</sup>.

La institución más inmediata y cercana a la naturaleza del ser humano es la familia. Solamente ella asegura la continuidad y el futuro de la sociedad <sup>2</sup>. Nunca pasará de moda porque la necesidad

<sup>1</sup> Cf. Asamblea Plenaria del Episcopado Español (19 de noviembre de 1993), *Declaración sobre el Año internacional de la Familia*.

<sup>2</sup> Cf. Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la Paz (1 de enero de 1994), *De la familia nace la paz de la familia humana*.

de relación que ella representa es una fuerza instintiva, vital e inagotable en el ser humano. La familia ha demostrado ser una institución social mutante capaz de sobrevivir a todo tipo de cataclismos. Sucesivas revoluciones, reales o pretendidas, en la producción, la política y las costumbres han conseguido derribar regímenes políticos, sistemas económicos e instituciones sociales, pero nada definitivo han podido hacer contra ese entramado natural de relaciones afectivas llamado «*familia*». Nada ha sido tan elástico y funcional. Nada tan perenne. Hoy, la familia es un valor en alza, gana puntos y que goza de buena salud, es algo que nadie pone en tela de juicio. Pese a los muchos, acelerados y radicales cambios de la sociedad que han modificado su papel y sus funciones, la familia sigue ofreciendo el marco natural de apoyo emocional, económico y material que es esencial para el crecimiento y desarrollo de sus miembros. Cuando falta la familia, se crea en la persona que viene al mundo una carencia preocupante y dolorosa que pesará posteriormente durante toda la vida, a veces de forma dramática<sup>3</sup>.

La familia es actualmente un crisol donde confluyen todas las transformaciones que zarandean a la sociedad contemporánea. Este hecho es especialmente palpable en el mundo industrializado, y mucho más aún en España, donde los cambios producidos en el campo de la política, la economía, la cultura y la propia tendencia demográfica han interaccionado entre sí hasta sumergir a la institución familiar en un baño de transformaciones tan profundas como decisivas. Son factores como la progresiva incorporación de la mujer al mercado de trabajo, el descenso del número de miembros de la unidad familiar o la democratización de las estructuras políticas los que están configurando un concepto diferente de la familia, cada vez más lejano del que hemos vivido la mayoría de nosotros. Es así como la familia ha ido perdiendo su estructura marcadamente vertical, en beneficio de unas relaciones cada vez más horizontales, definidas por el diálogo entre todos los miembros de la institución y por una creciente permeabilidad entre los roles masculino y femenino. A la familia se la ha llamado, con acierto, «*la democracia más pequeña en el corazón de la sociedad*»<sup>4</sup>.

Es la familia la que apoya al conjunto social y al individuo en particular en todo tiempo y más en éste de crisis económica y política. Todos los datos que nos proporcionan las encuestas sitúan a la familia en el número uno en el ranking de prestigio y credibilidad entre las distintas instituciones políticas, sociales, religiosas o sindicales. Un sondeo de la Unión Europea indica que la familia ocupa el

3 Cf. Naciones Unidas, 1994. *Año Internacional de la Familia*. «*Erigir la democracia más pequeña en el corazón de la sociedad*», Viena 1991, n. 6; Juan Pablo II, *Carta a las familias*. *Año Internacional de la Familia* (2 de febrero de 1994), n. 2.

4 El eslogan de las Naciones Unidas para el Año Internacional de la Familia, celebrado en 1994, fue éste: «*Erigir la democracia más pequeña en el corazón de la humanidad*».

primer lugar entre los diversos valores de los ciudadanos comunitarios, con porcentajes del 99,4 % en Grecia, 99 % en Portugal, 98 % en Dinamarca y 97 % en Irlanda. En España el porcentaje es de un 97 %. Y los diversos estudios sociológicos realizados en nuestro país, en estos últimos años, señalan a la familia como la institución social más valorada y estimada, ya por edades o por estamentos sociales. La familia es un bien muy apreciado en nuestra sociedad española, sobre todo por las nuevas generaciones. Los jóvenes valoran la realidad familiar antes que el trabajo y el dinero, incluso por encima de la amistad. Para los estudiosos del tema, esta tendencia es interpretada como una reacción ante una sociedad cada vez más hostil e insegura en las relaciones interpersonales, convirtiéndose así la familia en el refugio seguro donde la necesidad de confiar en los demás se verá satisfecha.

La familia es como la caja de resonancia donde se reflejan y experimentan todas las consecuencias de nuestra tecnificada y móvil sociedad. No quiero decir con ello que la familia sea sólo víctima de la sociedad, también está llamada a aportar, a incidir y hasta a cambiar lo que de inhumano e injusto hay en la sociedad en la que vive.

La familia ha sido considerada siempre una institución esencial para los cambios políticos y sociales, sea para activarlos o detenerlos. Políticos e ideólogos, de toda orientación, han prestado atención a la familia conscientes de la relevancia de la misma para la dinámica social.

## **1. La realidad familiar en el marco de una cultura nueva**

El cambio sociocultural que estamos experimentando en España y, en general, en Occidente, no es un simple cambio epidérmico que afecte exterior y lateralmente a las personas y grupos, de forma que postule de ellos unos reajustes de retoque. No, el cambio de hoy es mucho más profundo y radical. Es todo un conjunto de ideas, actitudes, vivencias y valores los que se están sustancialmente revisando, al mismo tiempo que se reestructuran según una nueva jerarquía. Estamos embarcados en una nueva experiencia de la humanidad. Lo que realmente está cambiando, hoy, es la manera de «*estar en el mundo*», el tipo de relación que el hombre establece con las cosas, con sus semejantes, con las instituciones, con los valores, con Dios. El Concilio Vaticano II con inigualable maestría, en los números 4 y 54 de la *Gaudium et Spes (Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo)*, nos presenta en lenguaje vivo y muy actual cómo es esta nueva cultura que está naciendo, dando origen a una significativa época de la historia humana.

La esencia de la institución familiar es la misma de siempre, pero sus miembros han cambiado radicalmente, porque se mueven

en unas circunstancias históricas de modernidad y postmodernidad marcadas sobre todo por el nacimiento del pensamiento crítico y de la ciencia moderna.

Situemos a la familia (institución de siempre) en el nuevo marco cultural de hoy, porque la familia es un fenómeno sociocultural y no una entidad metafísica siempre idéntica a sí misma; de ahí que, por una parte, habrá que aceptar de entrada la provisionalidad de todos los modelos sociológicos de familia y, por otra, adoptar una serena actitud crítica cuando hablamos de la institución familiar para no estar haciendo un razonamiento abstracto.

## **2. Los principales desafíos del mundo de hoy y su repercusión en el ámbito familiar**

He ahí los *principales desafíos* del mundo de hoy que, a mi modo de ver, más decididamente influyen sobre el grupo familiar, modificando las pautas de su conducta. Los enumero y explico muy brevemente. Nos encontramos:

1) *En un mundo secularizado*, donde el horizonte de los intereses humanos ya no coincide con el horizonte cristiano; donde el hecho religioso ya no domina la realidad político social, porque ésta es autónoma y tiene consistencia propia.

2) *En un mundo en constante y radical mutación cultural*, donde las pautas de pensar y de actuar son diametralmente distintas de las de épocas anteriores. Se ha pasado, por ejemplo, de una autoridad fundamentada sobre todo en el cargo de la persona que mandaba, a otra que se basa primordialmente en el contenido, las razones y el testimonio o ejemplo que avalan lo mandado. La nuestra es una cultura nueva y de signo crítico que tiene una nueva jerarquía de valores. (Aquí el adjetivo «nueva» significa simplemente «diferente». No es un juicio de valor).

3) *En una sociedad cada vez más móvil*, debido a la explosión demográfica de hace unas décadas, a la revolución industrial y tecnológica, a la división del trabajo, a la irrupción de los potentes medios de comunicación de masas y a los transportes modernos, sobre todo, a la aviación comercial.

4) *En un mundo donde la ciencia y la técnica lo invaden todo, convirtiéndose a veces en peligrosa ideología*. Hoy día, la ciencia y la técnica son las grandes fuerzas legitimadoras del sistema neocapitalista. Y los intereses de las masas llegan a coincidir con los de la autoperpetuación del modelo tecnocrático. El neocapitalismo se legitima por sí mismo y por las prestaciones y servicios que realiza, ganando así la lealtad de las masas. Actualmente la tecnocracia incrementa y consolida su poder en todas partes.

La tecnocracia es ideológicamente invisible, pero por otra parte ideológicamente omnipotente. La tecnocracia es un fenómeno político, aunque aparentemente no lo parezca. Los que gobiernan se justifican porque se remiten a los científicos; y más allá de la autoridad de la ciencia —dice Theodore Roszak con mordaz ironía— ya no hay apelación posible <sup>5</sup>. La tecnocracia, que es el poder institucionalizado de la ciencia y de la técnica —afirman algunos sociólogos de la Escuela de Frankfurt: Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas— nos hace avanzar hacia una sociedad *opulenta*, pero *vacía de significado*. La crisis de Occidente es sobre todo una *crisis cultural* en el más amplio sentido del término, y también *moral*. No es una crisis de pequeños detalles, sino una crisis de todo el sistema. Es una crisis, la nuestra, de proyecto de hombre y de proyecto de sociedad.

5) *En una sociedad pluralista*, donde no hay ningún grupo humano que lo pueda monopolizar todo; donde no hay ningún partido político («partido», etimológicamente, viene de «parte») que posea la varita mágica para ofrecernos un perfecto proyecto global de hombre y de sociedad.

6) *En una sociedad democrática*, donde la crítica es una expresión normal, donde los líderes no son vitalicios, donde nadie es insustituible, donde nadie dice la última palabra en ningún campo del saber, donde se ha pasado de una sociedad aristocrática y caciquil a una sociedad cada vez más igualitaria y libre.

7) *En una sociedad dinámica*, en la que el saber ya no es patrimonio adquirido, sino más bien el fruto de una búsqueda constante y tenaz.

8) *En una sociedad cada vez más sensible y preocupada por la defensa de la justicia y de la paz y por la promoción de los derechos humanos*.

9) *En una sociedad donde la juventud, respecto al grupo de los adultos, forma un «mundo» y una cultura aparte*.

10) *En una sociedad donde la mujer juega un papel cada vez más importante y decisivo*, haciéndose presente en casi todas las profesiones e interviniendo de una manera activa en la problemática ciudadana.

11) *En una sociedad dividida todavía en clases sociales antagónicas y enfrentadas por causa del egoísmo de los hombres*; donde la crisis económica y el paro hacen estragos, sobre todo en las clases más humildes, y donde la expresión «igualdad de oportunidades» entraña un terrible sarcasmo porque a veces se hace estructuralmente irrealizable.

5 Cf. T. Roszak (1976<sup>5</sup>), *El nacimiento de una contracultura*, Kairós, Barcelona, p. 22.

12) *En un mundo dividido aún en países ricos y miserables*, donde las desigualdades económicas son sangrantes, donde unos viven en la opulencia porque otros están sumidos en la más terrible indigencia.

13) *En una sociedad consumista* que da más importancia al «*tener cosas*» que al «*ser persona*»; que canoniza el verbo «*acaparar*» y olvida olímpicamente el verbo «*compartir*»; que se muestra agresivamente competitiva en todos los campos: familiar, social, profesional, escolar, y que tiene como ley suprema la máxima ganancia y como principal aspiración una refinada filosofía del bienestar. Es, además, la sociedad consumista una sociedad «*tolerante-represiva*», es decir, tolerante mientras se respeten sus proyectos alienantes, sus reglas de juego. Es, también, un tipo de sociedad hábil y potente con capacidad de domesticar, y hasta de comercializar, la protesta que se hace contra ella. Pensemos en el movimiento «hippy», que intentó ser una contestación a la sociedad de consumo, y acabó siendo una moda de la misma.

14) *En un mundo cada vez más globalizado* que crea en nosotros una conciencia planetaria creciente que nos hace ciudadanos del mundo y no sólo de este o aquel país.

### 3. El fenómeno de la globalización

Desearía ampliar, a continuación, la explicación de este último desafío que tan decisivo puede ser para la institución familiar.

El vocablo «*globalización*» es hoy en día un término omnipresente, bastante oscuro y con pluralidad de significados (polisémico).

La globalización es, sin duda, un factor determinante en cualquier cuestión de nuestro tiempo y es, a su vez, un rasgo envolvente de la actual sociedad.

De entrada y, en general, se puede afirmar que la globalización es el acelerado e irreversible proceso de unificación de la humanidad. Es un mundo sin confines. Se empieza, sobre todo, a hablar intensamente de «*globalización*» cuando, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, deja de existir el *mundo bipolar* (EE UU y sus aliados - URSS y sus aliados), cuyo símbolo era el muro de Berlín.

La gran revolución electrónica-digital que ha hecho posible la superación de dos barreras que dificultaban la comunicación interhumana: la del *tiempo* y la del *espacio*, han convertido al mundo en algo más unísono, simultáneo y accesible para todos, si bien es mucho más accesible —hay que decirlo de entrada con toda claridad— para los que disponen de mayor riqueza.

La combinación de dos procesos, la *apertura del mundo* como consecuencia del fin de la guerra fría y el *desarrollo de la infotecnología*

*logía* ha dado como resultado ese fenómeno —la globalización— que hoy influye sobre la suerte de todos los seres humanos, independientemente del país o continente que habiten. «Nadie —dice el economista Ángel Martínez González-Tablas— puede escapar de la realidad de que el mundo es más pequeño, de que todo está más cerca, de que hay interdependencias objetivas de rango global. En resumen, podemos recluarnos en el desierto, pero ni el mundo que lo rodea, ni su propia realidad material, quedarán al margen del proceso de globalización objetiva»<sup>6</sup>.

El concepto «globalización» es pluridimensional; se está empleando cada vez más a todos los niveles de la interacción humana y en todos los ambientes: económicos, financieros, políticos, sociales, culturales, y es una de las connotaciones que más definen y caracterizan la vida social actual, en el mundo entero.

Por su etimología, el vocablo es muy antiguo. El descubrimiento de que la tierra no es una superficie plana, sino un globo esférico, es un viejo descubrimiento. Lo que es absolutamente nuevo es que todos los seres humanos que habitan sobre este globo esférico, han dejado de constituir conjuntos separados y autosuficientes para convertirse en un *único conjunto*, donde lo que ocurre o se decide en un extremo del globo terráqueo, tiene consecuencias inmediatas en cualquier otro espacio del mismo globo. Este hecho no es solamente nuevo, sino revolucionario.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa quedó diseñado un modelo de sociedad internacional, que no tiene nada que ver con todo lo que hemos conocido hasta ahora. A partir de la desaparición del sistema de bloques, y de la configuración del mundo entero como una sola unidad, ha aparecido una nueva dimensión de todos los problemas económicos y políticos. Ningún asunto financiero, industrial, político o migratorio, puede ser ya resuelto si no es planteado a nivel global, es decir, mundial. *El mundo entero es una unidad*. Ninguna decisión política, económica, social o cultural tiene ya sentido concebida sólo a nivel de un Estado, y para un Estado. Ha nacido un nuevo marco de gestión política, económica, social y cultural: el mundo. El fenómeno de la globalización se está imponiendo como un hecho. La globalización no ha nacido por decisión de ninguna persona, ni de ningún grupo de poder. La globalización nos la hemos encontrado. El tráfico mundial de la información, del capital, de las mercancías, la rapidez de los transportes han acercado a los hombres y mujeres de todo el mundo y han dado origen a una nueva era de integración mundial donde todo está más interconectado.

La globalización avanza hacia una *unificación e integración* del mundo basada especialmente sobre la técnica y la economía. El tér-

<sup>6</sup> A. Martínez González-Tablas (2000), *Economía política de la globalización*, Ed. Ariel, Madrid, p. 33.

mino «globalización» fue forjado por los economistas, a principios de los años noventa, en su esfuerzo por explicar un estadio nuevo de la economía, marcado por su creciente internacionalización. Pero la globalización no puede quedar reducida al campo económico, es un fenómeno mucho más amplio y complejo. Sería un error considerar la globalización como un fenómeno exclusivamente económico. Existe también una globalización política, social y cultural. Si bien la globalización económica es la primigenia, la más vistosa, la que más suena y la que condiciona en gran parte a las demás.

Vivimos una intensa globalización de los fenómenos económicos, sociales, políticos, jurídicos y culturales y ésta influirá decisivamente en la sociedad del futuro. El rostro del planeta tierra ya está cambiando con celeridad. Estamos entrando de lleno en el ámbito de una nueva revolución: la «*revolución de la información*», o mejor dicho, la «*revolución del conocimiento*». El científico catalán Joan Majó describe con maestría esta *sociedad o revolución del conocimiento* con estas intuitivas palabras:

«A partir del siglo XVIII, en Europa, se hizo una transición de la sociedad agrícola a la sociedad industrial. Ahora hemos empezado una transición de la sociedad industrial a otra sociedad a la que se le atribuyen diversos nombres: sociedad postindustrial, sociedad electrónica, sociedad digital, sociedad de la información, sociedad del conocimiento. Tal vez de todos estos nombres el más acertado sea el de la «*sociedad del conocimiento*». Y esta «*sociedad del conocimiento*» ya no tiene como espacio ni la tribu, ni el clan, ni la ciudad, ni el Estado-nación. Tiene como espacio el planeta. En este momento, gracias al enorme proceso tecnológico, somos capaces de procesar cantidades ingentes de información, instantáneamente, de almacenarla en espacios absolutamente ridículos, por su dimensión, y de transmitir cantidades impresionantes a cualquier lugar de la tierra y del espacio. Todas las operaciones relacionadas con la información se han banalizado tanto, que se ha terminado la distancia, se ha acabado el tiempo y se ha reducido enormemente el coste. Es evidente que todavía pagamos por cada una de estas actividades, pero los costes se han reducido tanto, que pronto serán, prácticamente, nulos... El paso de la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento comporta, sin duda, muchísimas ventajas personales y colectivas, pero al mismo tiempo es, claramente, una nueva causa de fractura social y crea nueva exclusión. Los descolgados de la red y, consecuentemente de la información y del conocimiento, serán los nuevos excluidos»<sup>7</sup>.

7 J. Majó (1999), «El futuro de nuestro mundo. Globalización, tecnología, exclusión», en *Misión abierta* 6, p. 18.



Hoy el «*paradigma globalizador*» avanza a nivel planetario en todas las áreas del pensamiento y de la acción. La globalización nos permite una comunicación casi instantánea entre el lugar donde nos encontramos y cualquier ángulo del mundo. Y todo nuevo paradigma constituye un desafío y una necesidad de revisión crítica de nuestros esquemas mentales. El proceso globalizador será cada vez más intenso y acelerado, incidirá con fuerza en el siglo XXI y dibujará un nuevo tipo de sociedad.

No existe discurso político o intelectual en el momento presente que no termine refiriéndose de un modo u otro al fenómeno de la globalización y, sobre todo, a la globalización económica: internacionalización de los mercados financieros, deslocalización de empresas y sociedades, libre circulación de capital y mercancías y, en definitiva, «*new economy*» o economía del conocimiento.

Un efecto claro de la globalización es, sin duda, la puesta en marcha de una constante y rápida movilidad, de una movilidad gozosa (turismo) y de una movilidad forzosa (migraciones): dos fenómenos sociológicos muy destacables en el momento actual y que, de seguro, alcanzarán un despliegue sumamente relevante en un futuro próximo.

La globalización es sinónimo de la creciente aceleración tanto de la concreta interdependencia global cuanto de la conciencia de la totalidad global. La globalización es, en síntesis, y dicho de una manera simple e introductoria, la *compresión* del mundo en un lugar unificado. El mundo se achica y se integra cada vez más, gracias a la robótica y a la telemática. «Los pueblos se sienten cada vez más interdependientes y todos sin excepción están implicados en los mismos acontecimientos. El mundo está hoy tan interrelacionado que todo lo que acontece en un país tiene repercusiones inmediatas en el otro. El destino de la humanidad se juega en círculos cada vez más cerrados: la prosperidad y el progreso de cada país son, en parte, efecto, y en parte, causa de la prosperidad y del progreso de los demás pueblos»<sup>8</sup>.

La globalización, hija de la revolución cibernética, reviste fundamentalmente cuatro aspectos que se refuerzan uno al otro:

- el aspecto económico;
- el aspecto de la información y comunicación;
- el aspecto político; y
- el aspecto cultural.

Sin el desarrollo intenso y acelerado que la cibernética y la informática han experimentado en estos últimos años, el debate sobre la globalización simplemente no existiría.

8 L. Pereña (2000), «Globalización sí, pero social. La globalización de la solidaridad será el nuevo reto del tercer milenio», en *Alfa y Omega* 215, p. 27.

La realidad sociológica de la globalización y, sobre todo, su uso, se vieron influenciados por la idea de la «*aldea global*» expuesta por Marshall McLuhan en 1960. Y, hoy, nosotros podemos decir que en cada aldea hay un poco del mundo global. Pero «no debemos dejarnos llevar demasiado por el entusiasmo. El proceso de unificación mundial, hasta el momento, está muy lejos de haber creado en nuestro Planeta la atmósfera característica de una comunidad, pueblo o villa planetaria»<sup>9</sup>.

Lo que hoy llamamos «*globalización*» ha sido un proceso extremadamente largo, irregular y complejo. La globalización política, social, económica y cultural ha venido gestándose a lo largo de todo el siglo xx y se ha acelerado, de forma destacada, a finales de los años ochenta y principios de los noventa.

La globalización es un cúmulo de vínculos entre las principales regiones del mundo y entre variados ámbitos de la actividad humana. Implica *cuatro cambios* diversos:

1.º extiende las actividades sociales, políticas y económicas a través de las fronteras políticas, las regiones y los continentes;

2.º intensifica nuestra dependencia recíproca con el progresivo aumento de los flujos de comercio, inversiones, finanzas, migraciones y cultura;

3.º acelera el mundo: la introducción de nuevos sistemas de transporte y comunicación implica un movimiento más rápido de ideas, bienes, informaciones, capitales y personas; y

4.º determina un mayor impacto de los sucesos remotos sobre nuestra vida.

La globalización no dictamina el fin del Estado-nación o la muerte de la política, pero implica que la política no se fundamente ni pueda fundamentarse simplemente sobre los Estados-nación. No podemos prever el futuro o saber cuáles serán los efectos finales de la globalización, pero ya podemos definir ahora el desafío central de la era global, repensando nuestros valores, nuestras instituciones y nuestras identidades de tal manera que la política pueda ser de verdad un medio eficaz para las aspiraciones y las exigencias humanas.

No es tiempo de pesimismo ni de falso optimismo. Lo que se impone es pensar de un modo nuevo. El marco ha cambiado. El contexto es radicalmente diferente. Lo que hoy necesitamos son soluciones eficaces para un mundo siempre más interdependiente.

La globalización: ¿amenaza o mito? Ni amenaza ni mito, sino realidad nueva que paso a paso (pero de gigante) está cambiando radicalmente el rostro del planeta Tierra y, sobre todo, revolucio-

<sup>9</sup> L. González-Carvajal (2000), *Los cristianos del siglo XXI. Interrogantes y retos pastorales ante el tercer milenio*, Ed. Sal Terrae, Santander, p. 20.

nando el mundo de la economía. Insiste sobre esta novedad el sociólogo Manuel Castells:

«Un nuevo mundo está tomando forma en este fin de milenio... Los chips y los ordenadores son nuevos; las telecomunicaciones ubicuas y móviles son nuevas; la ingeniería genética es nueva; los mercados financieros globales, integrados electrónicamente, que operan en tiempo real, son nuevos; y la economía capitalista interconectada que abarca todo el planeta y no sólo algunos de sus segmentos es nueva; la ocupación de la mayoría de la mano de obra urbana en el procesamiento del conocimiento y la información en las economías avanzadas es nueva; una mayoría de población urbana en el planeta es nueva; la desaparición del imperio soviético y del comunismo, así como el fin de la guerra fría son nuevos; el ascenso del Pacífico asiático como socio paritario en la economía global es nuevo; el desafío general al patriarcado es nuevo; la conciencia universal sobre la conservación ecológica es nueva; y el surgimiento de una sociedad red, basada en un espacio de los flujos y en un tiempo atemporal, es nuevo en la historia»<sup>10</sup>.

Actualmente, la globalización se ha convertido en el debate por excelencia, sobre todo, en el campo económico-financiero y en el cultural.

Unos se refieren a la globalización como a un nuevo horizonte de futuro preñado de promesas, otros la aceptan como un reto ineludible con el que hay que contar, pero cargado de peligros; por fin, otros, la combaten como el signo inconfundible de un nuevo totalitarismo, el del «dios mercado».

Cuando hablamos de «globalización» nos encontramos, pues, ante un concepto no meramente descriptivo, sino también con derivaciones normativas o ideológicas, en el sentido de exigir y fundamentar determinadas conductas, así como de 'naturalizar' procesos sociales y sus consecuencias. Economistas, políticos, sociólogos, medios de comunicación, organizaciones de derechos humanos, agricultores, asociaciones de empresarios, pequeños comerciantes, escritores, músicos, ecologistas, personas preocupadas por cuestiones éticas hablan de globalización y, en torno a ella, están surgiendo partidarios exaltados y detractores furibundos, canonizaciones ingenuas y rápidas demonizaciones.

La globalización es un fenómeno muy controvertido que suscita temores y esperanzas; sobre él existen puntos de vista muy divergentes y encontrados. Para algunos autores, la globalización consti-

10 M. Castells (1999<sup>2</sup>), *La era de la información: economía, sociedad, cultura. Fin del milenio*, vol. 3, Alianza Ed., Madrid, pp. 387-388.

tuye una oportunidad —diríase que la gran oportunidad— de avanzar hacia mayores cotas de progreso y bienestar. Para otros, sin embargo, la creciente globalización es responsable de no pocos retrocesos y fracasos en la senda del desarrollo económico y social y, en el campo cultural, se le acusa de «*homogeneización*» u «*homologación*» empobrecedora y de «*masificación*» despersionalizante.

La globalización es un hecho que despierta fuertes emociones. Hasta el momento, en lo que he leído acerca de la globalización, he detectado más ideología que análisis. En torno a este polémico concepto, merodean más apologetas exaltados y detractores apocalípticos que analistas precisos y serenos, que también los hay. Al lado de estos últimos desearía alinearme. Lo intentaré, sin que esto signifique neutralidad aséptica ante este polémico fenómeno. La prestigiosa publicación española *Revista de Fomento Social*, en su número abril-junio del 2000, dedica su larga editorial, firmada por su Consejo de Redacción, al tema de la globalización, y su afirmación inicial es la siguiente: «La globalización suscita las reacciones más encontradas. Con nada que se haya reflexionado sobre ella (¿a veces sin haber reflexionado en absoluto?) se toma postura a favor o en contra. Se la canoniza o se la demoniza. Y siempre, con una fuerte dosis de simplificación. Por eso el debate es difícil: en él es casi imposible acercar posturas»<sup>11</sup>.

También me parecen muy lúcidas al respecto estas palabras del economista Guillermo de la Dehesa en su reciente obra *Comprender la globalización*: «Ni la 'globafilia', ni la 'globafobia' están totalmente justificadas. La globalización no es una fuente inagotable de beneficios para la humanidad como predicaban unos, ni tampoco es responsable de todos los efectos perversos que le adjudican otros»<sup>12</sup>.

Pienso que es imposible parar la globalización. Es un fenómeno inevitable e irreversible. Lo que importa no es pararla, sino gobernarla y ponerla al servicio del bien común de la humanidad.

### **Conclusión: Los desafíos no son derrotas**

Estos catorce *desafíos*, de signo diverso, que acabo de señalar, sobre todo el último, inciden con fuerza en la institución familiar, modificando radicalmente sus pautas de pensar y de actuar<sup>13</sup>. Hay quien se precipita y confunde el *desafío* con la *derrota*. Nos puede conducir a ella, ciertamente, si nos encerramos en el desánimo

11 Revista de Fomento Social-Consejo de Redacción (2000), «Editorial: Globalización integradora versus globalización excluyente», en *Revista de Fomento Social* 55, p. 143.

12 G. de la Dehesa (2000), *Comprender la globalización*, Alianza Ed., Madrid, p. 13.

13 Véase una más amplia explicación de cada uno de los trece primeros desafíos en: J. Bestard (1985<sup>5</sup>), *Mundo de hoy y fe cristiana*, Narcea, Madrid.

amargo y desesperanzado del «*no hay nada que hacer*», «*todo está perdido*», «*todo va mal*». Un desafío, claro está, tampoco es una victoria. Yo diría, más bien, que es un estímulo punzante, un acicate que nos impulsa a trabajar con constancia y realismo, a la vez que nos mueve a buscar nuevos caminos de salida a la crisis actual de la institución familiar. La familia no es una realidad cerrada en sí misma que exista al margen de lo que sucede en la cultura de hoy. Solamente si la sabemos enmarcar debidamente en el actual marco cultural, como hemos intentado hacer en este artículo, la podremos comprender adecuadamente.